

JUDITH BUTLER: ¿FEMINISMO FOUCAULTIANO?

Neri Aidee Escorcía Ramírez
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Introducción

En 1976 Michel Foucault publica uno de sus escritos más reconocidos: *La voluntad de saber*. En dicho escrito, el filósofo lanza la tesis de que la sexualidad es un producto del poder; algo inventado o fabricado por las *modernas* relaciones de poder.¹ Ahora bien, la tesis que Foucault había arrojado (en contra de algunas posiciones teóricas famosas) es retomada años más tarde por una de las feministas estadounidenses más controversiales: Judith Butler.² Esto hace que la autora inmediatamente sea identificada como una feminista foucaultiana. Pero ¿realmente podemos decir que el feminismo de Butler es foucaultiano?

En *El género en disputa* (1989) Butler utiliza los argumentos foucaultianos para cuestionar cualquier intento de naturalización (hacer *aparecer* como natural o sustancial) del género. Sin embargo, en *Los mecanismos psíquicos del poder* (1997) la teórica postestructuralista retoma un tipo de discurso que la aleja cada vez más de Foucault: el psicoanálisis.

En *La voluntad de saber* Foucault denunciaba al psicoanálisis por ser uno de los mecanismos que más contribuyó a fijar lo que él denomina el *dispositivo de sexualidad*. El psicoanálisis, según Foucault, sería una de las tantas estrategias empleadas para extraer la “verdad del sexo”. Por esta razón, habría que verlo no como un discurso liberador, sino como una maniobra de aquello que modernamente nos constriñe: la sexualidad.

En *Los mecanismos psíquicos del poder* Butler afirma —en oposición a Foucault— que el psicoanálisis nos proporciona el instrumental teórico necesario para explicar la producción de los sujetos de deseo heterosexuales.³ Más aún, la feminista insiste en que en la psique o en el inconsciente es justamente

donde se ubica la posibilidad de las resistencias. ¿Hasta qué punto Butler tiene razón? Esto es algo que no analizaremos en el presente trabajo. Lo que sí revisaremos son los puntos de contacto —y sobre todo de distanciamiento— entre los autores mencionados. ¿Qué tan cercana se encuentra Butler del marco teórico foucaultiano? Tal es la pregunta que se intentará responder.

I

En una de sus obras más influyentes —*La voluntad de saber*— Michel Foucault sostiene que la “sexualidad” lejos de ser reprimida ha sido *producida* por la moderna sociedad burguesa. En efecto, una mirada histórica a los siglos XVII, XVIII y XIX nos revelaría una intensificación y proliferación de los discursos sobre el sexo. Se busca hacer hablar al sexo, ponerlo en discurso, confesarlo, exponer su “verdad”. Las teorías de corte neomarxista —como la de Herbert Marcuse,⁴ entre otras más— han equivocado el enfoque. La sociedad burguesa *nunca* reprimió la sexualidad, al contrario, montó todo un dispositivo en torno a ella para hacerla hablar. Ahora bien, que los discursos sobre el sexo se hayan multiplicado en los últimos años no impide —reconoce Foucault— la presencia de ciertos mecanismos de prohibición, control o contención de la sexualidad. Redefinición entonces de los espacios propicios para la sexualidad.⁵

Que la sexualidad haya sido producida —y no reprimida como pensaba Marcuse— nos conduce necesariamente a una reconceptualización del poder. Por lo general, concebimos al poder como una relación binaria entre el amo y el súbdito, entre el gobernante y los gobernados. La forma de dicho poder sería la de la dominación/ subordinación y se expresaría en el enunciado de la Ley.⁶ A esta concepción *jurídica* del poder —que además nos presenta la sexualidad como externa a él—⁷ debemos oponer otra.

Según Foucault, el poder más que poseerse, expropiarse o conquistarse, se *ejerce* sobre una multiplicidad de puntos singulares. El poder no se localiza en una instancia centralizadora (el Estado, los aparatos gubernamentales): pasa por cada uno de los puntos que componen el cuerpo social; es *transversal* y no vertical; es estratégico, funcional, operativo. El poder más que represivo, es productivo, produce realidades, estados de cosas. Ello es así debido a la doble

implicación que entre poder y saber existe. Porque no hay poder, indica Foucault, sin un saber y no hay saber que no presuponga al mismo tiempo un poder.⁸ El poder, por otra parte, implica *necesariamente* un contra-poder, una resistencia, una posibilidad de ser invertido, reacomodado o reestratificado. En síntesis, el poder para Foucault es una relación de fuerzas con capacidad de afectar y ser afectado: “el poder es una relación de fuerzas, o más bien toda relación de fuerzas es una ‘relación de poder’”.⁹

Vista de cerca, la concepción del poder presentada por Foucault resulta muy cercana a la *Voluntad de poder* nietzscheana. Las funciones del poder —o de las relaciones de fuerza— son del tipo *inducción, producción, incitación*. El poder produce positivities, razón por la cual no puede reducirse a un simple enunciado de la ley. Y si el poder es productivo ya podemos entender la *apuesta* de las investigaciones foucaultianas. “Reconozco gustosamente —escribe Foucault— que el proyecto de esta historia de la sexualidad [...] es circular, en el sentido de que se trata de dos tentativas, cada una de las cuales remite a la otra. Intentemos deshacernos de una representación jurídica y negativa del poder, renunciemos a pensarlo en términos de ley, prohibición, libertad y soberanía: ¿cómo analizar entonces lo que ocurrió en la historia reciente, a propósito del sexo, aparentemente uno de los aspectos más prohibidos de nuestra vida y nuestro cuerpo?”¹⁰ Se trata, como dirá Foucault, de pensar el sexo sin la ley y el poder sin el rey.¹¹

Las sociedades burguesas nunca reprimieron la sexualidad. Más bien la incitaron, la fomentaron a través de una serie de mecanismos. Entre poder y sexualidad, por lo tanto, no existe una relación externa, ajena. Esa es la razón por la cual resulta un contrasentido apelar a algún elemento de lo “sexual” para liberarnos.¹² Pensemos en el “sexo”, ese elemento que para algunos de nosotros —indica Foucault— representa lo más real y natural. El “sexo”, de acuerdo con nuestro autor, sería el punto de anclaje del dispositivo de sexualidad. Gracias a él hemos llegado a suponer que entre poder y sexualidad no existía ninguna relación.¹³ También hemos creído que designaba una unidad (entre procesos biológicos, anatómicos, psicológicos, etc.) inventada por él mismo.¹⁴ Finalmente, hemos llegado a pensar que sólo a través de él podemos acceder a nuestra propia inteligibilidad. “En efecto —continúa Foucault—, es por el sexo, punto imaginario fijado por el dispositivo de sexualidad, por lo

que cada cual debe pasar para acceder a su propia inteligibilidad [...] a la totalidad de su cuerpo [...] a su identidad [...]”.¹⁵

He aquí los grandes logros de la sociedad moderna: no sólo se inventó una “sexualidad”, sino que también inventó (o produjo) a los sujetos deseantes. Desde el momento en que al “sexo” se le asignó una función tan básica —la de revelar nuestra verdad— estamos condenados a perseguirlo constantemente, a *desearlo*. Es justo el deseo por el “sexo” lo que nos orilla a creer que en él reside nuestra liberación. Gran error, porque el “sexo” más que liberarnos nos sujeta al dispositivo de sexualidad. “No hay que creer que diciendo que sí al sexo —advierde Foucault— se diga que no al poder; se sigue por el contrario, el hilo del dispositivo general de sexualidad”.¹⁶ Pero si todo está preñado de relaciones de poder ¿dónde encontrar la posibilidad de la emancipación? En contra de teóricos como Marcuse o el mismo Freud, Foucault apelará no a alguna economía libidinal *originaria* (fuera de las redes del poder), sino a los cuerpos y los placeres, que en este contexto habría que entender estrictamente como relaciones de fuerza.¹⁷

II

La sexualidad como producto del poder es una afirmación que Butler está dispuesta a admitir. Sin embargo, habría que señalar una diferencia importante entre Butler y Foucault. Mientras que para Foucault la sexualidad aparece fuera del marco categorial del género,¹⁸ para Butler —igual que para otras feministas— es precisamente el “género” o más propiamente el *régimen de heterosexualidad obligatoria* lo que explica la formación de un dispositivo de sexualidad en la época moderna.

Siguiendo la línea trazada por las feministas de la Segunda Ola¹⁹ Butler afirma que el género es el conjunto de significados (psíquicos, sociales y *corporales*) que se le confieren al sexo. No obstante, más allá de sus antecesoras, la teórica feminista insiste en que también el “sexo” sería una categoría construida, discursiva. La desconfianza respecto a la noción de un sexo “natural” o biológico²⁰ coloca a Butler en una tradición que se remonta a Foucault y continúa en algunas vertientes feministas como la de Monique Wittig e incluso Julia Kristeva.

Que el sexo no sea natural o sustancial indica que no existe —y no tiene por qué existir— algún punto de contacto entre sexo y género. Wittig había demostrado que para el sistema de dominación heterosexual sólo había dos sexos (masculino/femenino) cada uno de los cuales correspondía a un género;²¹ la distinción entre sexo y género, por lo tanto, era ficticia. El sexo, continuando con Wittig, siempre era ya un género.

Ahora bien, lo que Wittig llama sistema de dominación heterosexual coincide con lo que Butler denomina *matriz de normas heterosexuales*. Para esta última autora la *matriz heterosexual* designa un régimen epistémico-discursivo que produce los sujetos con género estableciendo una relación de causalidad o continuidad entre los elementos (discursivos) del sexo, género, deseo y práctica sexual. De acuerdo con esto, sólo los sujetos que “muestran” una contigüidad entre los elementos anotados aparecen como sujetos coherentes, estables e inteligibles. Los sujetos en los cuales no se respeta dicha continuidad —añade Butler— se nos ofrecen como imposibilidades lógicas o simples fallas al interior del sistema de normas heterosexuales: “La matriz cultural [...] requiere que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género”.²²

Resulta llamativa la cercanía de Butler con Foucault. Al sostener que el sexo —al igual que el género— tampoco es natural o biológico, la feminista postestructuralista hace eco de las últimas páginas de *La voluntad de saber*. Por otra parte, resulta claro que al filósofo francés no le interesó *detenerse* a analizar los procesos por los cuales se producen los sujetos de deseo heterosexuales (o con género). Foucault ya había señalado que el deseo (por el sexo) era una construcción del dispositivo de sexualidad; sin embargo, el estudio foucaultiano era insuficiente para explicarnos los mecanismos por los cuales el deseo se dirige —*por necesidad*— hacia el otro género y no hacia él mismo. Es justo aquí, donde la brecha entre Butler y Foucault se hace muy evidente.

Para presentar la forma en que la *matriz heterosexual*²³ instituye o produce los sujetos de deseo *heterosexualizados*, Butler va a insertarse en los discursos que Foucault denunciara como “normalizadores” (estabilizadores) del dispositivo de sexualidad: los de Sigmund Freud y Jacques Lacan.²⁴ Siguiendo los desarrollos teóricos del psicoanálisis²⁵ Butler sugiere que en la formación del sujeto interviene una represión primaria o fundamental. Recurriendo a la dis-

tinción elaborada por Freud y Lacan entre la psiqué y el sujeto, Butler arguye que la psique (o las pulsiones libidinales) es aquella dimensión que *debe* anularse o reprimirse para dar lugar a los sujetos coherentes, estables e inteligibles: “El sujeto, ese ser viable e inteligible, se produce siempre con un coste, y todo aquello que se resiste a las exigencias normativas por las cuales se instituyen los sujetos permanece inconsciente”.²⁶

En otro lugar, Butler sostenía que lo que subyace en el plano del inconsciente es precisamente el deseo por el objeto de amor prohibido.²⁷ Continuando la lectura que Gayle Rubin había hecho del psicoanálisis estructuralista,²⁸ Butler insiste en que el tabú del incesto —esa norma cultural que te “prohíbe” amar a tu propia madre— requiere, para funcionar, de un tabú previo contra la homosexualidad. En palabras más claras, para que los sujetos masculinos puedan desear a la madre se necesita anular todo tipo de deseo homosexual. De este modo, concluye Butler, el tabú del incesto cumple su función social al instaurar la heterosexualidad obligatoria. Retomando lo que decíamos anteriormente, podemos afirmar que lo que el sujeto niega o reprime para poder constituirse es justamente el objeto de un amor que *no* es heterosexual. Sólo así nos explicamos la formación de sujetos con género coherentes: “de modo que ‘nunca perdí a esa persona y nunca amé a esa persona y, de hecho, nunca sentí para nada ese tipo de amor’”.²⁹

Es digna de resaltar la paradoja que atraviesa los discursos psicoanalíticos, incluido el de Butler. El hecho de que los sujetos (heterosexuales) repriman su primer objeto de deseo (homosexual) no implica que dicho deseo desaparezca. Una vez que la psiqué es reprimida —advierte Butler— ésta reaparece en forma de *inconsciente* impugnando la supuesta estabilidad del sujeto generado. Curiosamente, en esta dimensión Butler ubica la posibilidad de la resistencia. Que el deseo por un amor prohibido permanezca en forma de inconsciente nos brinda la oportunidad de desestabilizar continuamente la “coherencia” del sujeto heterosexual. Dicha desestabilización tendría la forma de una espiral cuyo cúlmen sería el colapso de los significados de género, la desestabilización del régimen epistémico-discursivo que ha producido a los sujetos de deseo heterosexuales. Cabe añadir que en otros escritos Butler ha propuesto la *parodia* como acción política. Pues bien, la finalidad de la espiral —o la *repetición* de las normas de género—³⁰ es la *parodia*: la revelación de que nunca ha

habido un original o un “ser” del género; todo ha sido una copia o, como diría Baudrillard, un *simulacro* de género.³¹

Ahora podemos percibir con mayor nitidez el desplazamiento que Butler ha realizado respecto a Foucault. Al colocar la *represión* como fundamento de los sujetos heterosexuales, Butler ha redefinido el poder en términos tanto positivos (productivos) como negativos (represivos). De acuerdo con la teórica, Foucault habría cometido el error de quedarse únicamente con una dimensión del poder. Butler por su parte, amplía dicha dimensión hasta englobar en ella la función represiva o prohibitiva. ¿Qué tan lejos habrá quedado Butler de la concepción jurídica del poder, ésa que Foucault tanto cuestionara?

Conclusión

Como hemos apreciado a lo largo de la exposición existen puntos de contacto entre Butler y Foucault. Ambos autores —críticos de la sexualidad normativa— coinciden en que la sexualidad es producida; en que el “sexo” es una categoría ficticia, inventada. Sin embargo, los distanciamientos empiezan a aparecer justo en aquello que a Foucault jamás le interesó: la constitución de un dispositivo de sexualidad en el marco de las relaciones heterosexuales. Para Butler es el *régimen de normas heterosexuales* (*matrix heterosexual*) lo que produce la sexualidad moderna y, junto con ella, a los sujetos de deseo heterosexualizados.

Según Butler en la constitución de los sujetos deseantes ha operado una represión originaria, fundamental. Dicha represión es lo que ha dado lugar a los sujetos de deseo. Observando con cuidado esta afirmación nos daremos cuenta de aquí que se encuentra uno de los puntos de distanciamiento más grande entre Butler y Foucault. Para Foucault el poder *produce* sujetos, para Butler antes de producirlos los *reprime*, los *constrñe*. Siguiendo a la teórica del feminismo tenemos que en Foucault la concepción del poder es bastante recortada. El poder —continúa Butler— es bidimensional; es tanto productivo como represivo. Al sostener dicha tesis, Butler se acerca peligrosamente al tipo de discursos que Foucault cuestionaba precisamente por ser uno más de los mecanismos del dispositivo de sexualidad: el psicoanálisis.³² Y si el psicoanálisis es uno de los mecanismos que ha reforzado el dispositivo de sexualidad,

¿no es un tanto contradictorio acudir a la psiqué para postular la posibilidad de las resistencias? Recordemos que mientras Foucault apela a los cuerpos y los placeres para “salir” del dispositivo de sexualidad, Butler recurre al inconsciente, a la repetición de normas de género interiorizadas para colapsar el *régimen heterosexual*.

Por último, me gustaría señalar un aspecto más: mientras Foucault insiste en que debemos pasar de una concepción tradicional del poder (la jurídica) a una más acorde con las sociedades modernas (el poder como algo positivo), Butler se empeña en rescatar una dimensión del psicoanálisis que ella considera importante: la dimensión represiva, el poder de la ley, del mandato o la norma. En opinión de Butler, Foucault jamás podría dar cuenta de la constitución de los sujetos generados porque se olvidó de la función represiva del poder. La pregunta que surge inmediatamente es: ¿realmente podemos decir que al historiador de la sexualidad le hizo falta dicha dimensión o, más bien, es Butler la que no ha logrado salir del viejo esquema del poder?

Bibliografía

- Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, México, 2001.
- , *Los mecanismos psíquicos del poder*, Cátedra, Madrid, 2001.
- , “Contingent Foundations”, en Linda Nicholson, et. al., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995.
- Gilles Deleuze, *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Michel Foucault, *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2002.
- , *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.
- Donna Haraway, “‘Género’ para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra” en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Gayle Rubin, “El tráfico de las mujeres: Notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en Marta Lamas, (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG–Porrua, 1996.
- Rosa María Rodríguez Magda, *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, Anthropos, 1999.
- Tamsin Spargo, *Foucault y la teoría queer*, Barcelona, Gedisa, 2004.

Notas

1. En el cuerpo del trabajo ahondaremos sobre este punto. Por el momento adelantemos que para Foucault el poder se entiende como *relaciones de fuerza* —en el sentido nietzscheano.

2. Evidentemente Butler no es la única feminista que retoma a Foucault. Desde sus primeras publicaciones Foucault aparece como uno de los filósofos más atractivos para las feministas tanto académicas como no académicas.

3. Cabe notar que este argumento ya se encontraba presente —en algún sentido— desde *El género en disputa*.

4. Es muy sabida la crítica que en *La voluntad de saber* Foucault lanza al *eros* liberador de Marcuse. Si la sexualidad ha sido producida —y no reprimida— resulta un contrasentido decir que en la liberación de la misma —o de alguna pulsión libidinal— encontraremos la liberación humana. Sobre esta paradoja véanse las últimas páginas de Foucault, *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2002.

5. La redefinición de los espacios lleva emparejada, de acuerdo con Foucault, una saturación sexual. Los espacios públicos y privados se sexualizan, se convierten en mecanismos por los cuales se busca hacer proliferar los discursos sobre el sexo. *Cfr.* Foucault, *La voluntad de saber*, *op. cit.*

6. Básicamente la ley se reduce a un NO hacer esto o aquello. *Cfr.* Foucault, *La voluntad de saber*, p. 104.

7. La idea de que la sexualidad ha sido reprimida lleva emparejada una concepción jurídica del poder: el poder reprime a la sexualidad, la sujeta a un esquema de restricciones y prohibiciones.

8. *Cfr.* Foucault, *La microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.

9. Deleuze, *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 99.

10. Foucault, *La Voluntad de poder*, *op. cit.*, p. 110.

11. *Cfr. Idem.*

12. Ver nota 1.

13. “La noción de sexo aseguró un vuelco esencial; permitió invertir la representación de las relaciones del poder con la sexualidad, y hacer que ésta aparezca no en su relación esencial y positiva con el poder, sino como anclada en una instancia específica e irreductible que el poder intenta dominar como puede; así la idea del “sexo” permite esquivar lo que hace el “poder” del poder; permite no pensarlo sino como ley y prohibición”. Foucault, *La voluntad de poder*, *op. cit.*, p. 188.

14. “La noción de ‘sexo’ permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres, y permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad ficticia”. *Ibid.*, p. 187.

15. *Ibid.*, p. 189.

16. *Ibid.*, p. 191.

17. *Supra*.

18. Las críticas a Foucault por parte de las feministas no se han hecho esperar. Androcentrismo, masculinismo, etc, sólo son algunos de los adjetivos que la obra foucaultiana ha recibido. Para una revisión esquemática de distintas críticas, veáse Rosa María Rodríguez Magda, *Foucault y la genealogía del sexo*, Barcelona, Anthropos, 1999.

19. Los inicios del feminismo de la Segunda Ola los podemos situar con la famosa obra de Simone de Beauvoir (1949) donde la autora sugiere una distinción entre sexo y género. No obstante, habrá que esperar hasta Gayle Rubin (1975) para que dicha distinción se haga explícita. Ver D. Haraway, “‘Género’ para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra” en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995.

20. La crítica de Butler a las feministas que creen que el sexo es lo natural o biológico, es devastadora. Gayle Rubin constituye una de sus principales puntos de ataque. Para esta autora el sexo sería lo natural, mientras que el género sería lo cultural. Butler apoyándose en Foucault sostiene que no habría algo fuera de los mecanismos restrictivos de la sexualidad, por lo que el sexo también sería un producto del poder. *Cfr.* Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós-PUEG, 2001.

21. En sentido estricto, sólo habría un sexo: el femenino. Tanto para Wittig como para Beauvoir las mujeres designan lo sexuado, lo particular o lo específico, mientras que los hombres representan el punto de vista universal. Ellos no son sexuados porque son sujetos trascendentales. *Cfr.* Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, *op. cit.*, pp. 58- 67, 142-159.

22. Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós- PUEG, 2001, p. 50.

23. No perdamos de vista que para Butler el dispositivo de sexualidad se inserta en un régimen epistémico más amplio; en este caso, la *matriz de normas heterosexuales*. *Supra*.

24. El psicoanálisis es para Foucault uno de los discursos que más aportan al dispositivo de sexualidad. Ello debido a su insistencia en hacer hablar al sexo, en descubrir su verdad. *Cfr.* Foucault, *La voluntad de poder*, *op. cit.*

25. Con “psicoanálisis” designamos —como Butler lo hace— los discursos teóricos de Freud y Lacan.

26. Judith Butler, *Mecanismos psíquicos del poder*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 98.

27. *Cfr.* Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, *op. cit.*

28. *Cfr.* Gayle Rubin, “El tráfico de las mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” en Marta Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG- Porrúa, 1996.

29. Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, op.cit., p. 102.

30. La *repetición* conlleva una desestabilización de los significados o normas de género. En el acto de re-petir desestabilizas o muestras el carácter artificial del género mismo. Cfr. Judith Butler, *Mecanismos psíquicos del poder*, op. cit., p. 113. La noción de *repetición*, vale decir, tiene claras resonancias lacanianas y baudrillardianas.

31. Menciono a Baudrillard porque la similitud entre él y Butler es muy evidente. Sobre todo en *Los mecanismos psíquicos del poder*. Para la noción de *simulacro* en Baudrillard ver “La precesión de los simulacros” en *Cultura y simulacro*, Barcelona, Paidós, 1978.

32. Ver nota 21.